

Y sin embargo, responde Gadamer, porque el fundamento de la civilización humana está cifrado en la constitución lingüística de los hombres¹⁴ “en todo conocimiento histórico anida un comprender” y el particular texto de una Histórica se formula lingüísticamente. Si se considera la hermenéutica tal y como la concibió Schleiermacher, como “una comprensión investigando”, entonces ésta abarcaría de raíz al proyecto de la Histórica, en la medida también en que incluso las categorías trascendentales o las condiciones de posibilidad de historias se formulan lingüísticamente, desde la conceptualidad de una época. Entonces el proyecto de un Histórica no puede obviar metodológicamente la “transformación que les acontece a los conceptos del pasado cuando intentamos pensar en ellos”¹⁵.

María GONZÁLEZ NAVARRO

ALBA RICO, Santiago: *Las Reglas del Caos*, Ed. Anagrama, 1995.

El concepto de fetichismo de la mercancía ha constituido tradicionalmente uno de los puntos más oscuros y problemáticos de *El Capital*; la enorme densidad teórica de esta noción, junto al laconismo de la explicación de Marx, no consiguen, ni mucho menos, ocultar que juega un papel vital en la arquitectónica social que se está poniendo en juego. Incluso la situación topográfica del concepto en el propio texto resulta insólita, si bien en absoluto ambigua; las escasas páginas dedicadas al fetichismo de la mercancía aparecen cuidadosamente vinculadas a la misma presentación de la noción de valor-trabajo como *principio* sincrónico del sistema estudiado. Así Marx parece señalar, en forma de un mero apunte, que existe otra cara del problema, el *anverso de la estructuración henológica* que se dispone a realizar: el capital, desde algún punto de vista, debe formar también un sistema de signos, una *organización simbólica compleja*, debe constituir —más exactamente *permitir*— algún modelo de sociedad. Las relaciones de producción *objetivas* —objetividad que ha constituido el pabellón de batalla de las más obtusas escuelas economicistas— han de ser además, poco importa ahora si en primera o en última instancia, procesos ritualizados, *ceremonias* que *reproduzcan* un estado de cosas en forma de complejas redes semióticas. Quizás el problema haya sido simplemente que no resulta fácil, para quien cree estar estudiando los ineluctables designios de la Historia, aceptar que tan sólo está explicando cultos similares a los de los Nuer; en cualquier caso lo cierto es que el problema de integrar el fetichismo de la mercancía en una visión ordenadora

¹⁴ La presente publicación incluye la conferencia de Gadamer: *La diversidad de las lenguas y la constitución del mundo*, en la que reflexiona sobre este mismo punto.

¹⁵ Hans-George Gadamer, *Verdad y método*. L. III. pag. 477. Ediciones Sígueme. Salamanca 1.991.

del capitalismo ha planeado sobre la practica totalidad de los más interesantes autores marxistas de los últimos cincuenta años. Pues bien, *Las Reglas del Caos*, ya desde el mismo título, se presenta como una obra brutalmente lúcida: el proyecto de realizar una “antropología del mercado” no es ni mucho menos una floritura académica; representa, como poco, el hallazgo de una lectura convincente del problema del fetichismo de la mercancía, precisamente en su relación con otra de las bestias negras de la exégesis marxista: el concepto de subsunción real de trabajo en capital. Siguiendo la estela de Jesús Ibáñez, Santiago Alba Rico consigue exponer los nuevos lugares de aparición del *desorden* bajo la organización ritual de la producción y el cambio. En el momento de la victoria del *capitalismo propiamente dicho*, en la época de la subsunción real, en la que la constatación física de la explotación se desplaza al no-lugar de la periferia, ya sólo es posible observar los signos tomándolos en cuanto tales, no como rémoras marginales de la auténtica producción, no como disfraz de las auténticas prácticas sociales. Por fin asistimos, aquí, muy cerca del corazón de la bestia, al *acmé* del sistema, y lo cierto es que no ha resultado ser aquel esperado apocalipsis; en forma de *crisis*, el desorden, la catástrofe, pertenece a un ámbito excéntrico que sólo puede ser vivido como *utópico*. Hoy es el momento de entender hasta las últimas consecuencias, y en este sentido *Las Reglas del Caos* es una obra única, que el orden que describió y predijo Marx, no era, efectivamente, más que lo que oscuramente él mismo había señalado: fetichismo. El inmenso mérito de Santiago Alba Rico es haber percibido que la piedra de toque para llevar a cabo una tarea semejante está mucho más cerca de Polanyi y, sobre todo, Debord que de Balibar o incluso Wallerstein.

“Apenas los hombres dejan de pensar, comienzan a entenderse. Y apenas comienzan a entenderse, todo empeora. Suele ocurrir precisamente cuando la cosas *ya han empeorado* y hay, por tanto, más cosas que explicar”. Así abría Alba Rico, en 1992, el prólogo a la transcripción de unos guiones televisivos, en el que advertía del riesgo, casi inevitable, de tomarse en serio lo que era una —nada simple— broma. Hoy, tan sólo cinco años después, ante un mundo que insiste en la caricatura, en la autoparodia, el verdadero peligro es tomar por un cuidadoso chiste una obra profunda y, en cierto sentido, trágica. Porque cuando los paladines de nuestra “inteligencia” dedican su tiempo a *entenderse* en la lenidad de la estupidez telemática, en estos tiempos de homenaje a las redes de estulticia global, un libro escrito desde la periferia sólo puede ser tomado a broma. Ciertamente, Alba Rico considera muy en serio la posibilidad de una “antropología del mercado”, y como buen etnólogo realiza un cuidadoso *trabajo de campo* que no tiene lugar entre los terciopelos bursátiles, o la dulzura de los grandes almacenes, sino en los peores arrabales de El Cairo. Que nadie se llame a engaños, no se trata de otro chaparrón humanitarista, la etnología es cruel: ya solamente desde el mundo de lo *útil*, el universo de los pobres, el *mercado*, aparece realmente como una gigantesca escenificación ritual del *cambio*; desde la periferia, las nuevas hecatombes adquieren todo su espesor fetichista. Lo terrible no

es sólo la situación de los *pobres*; la auténtica catástrofe corresponde al vínculo sinérgico entre la miseria y nuestra escenificación social cotidiana.

“No es nada nueva la atracción que para la mentalidad del populacho supone el mal y el delito”; la brutal sentencia de Hannah Arendt, sin duda una de las autoras más inquietantes de este siglo, recorre de principio a fin la obra de Alba Rico. El *Caos* se articula atravesado por el pesimismo que surge ante el convencimiento de *saber* solamente que es imposible *entender* algo de lo que ocurre. Pero, al menos, no caer en la tentación panóptica de la microastucia, no intentar explicar la sinrazón en términos de complejos juegos de poder, que se forman cada día en un mundo que amanece pretendidamente virgen, permite *situar* lo ininteligible, capacita para crear mapas de la irracionalidad (a fin de cuentas en eso ha consistido siempre la antropología). *Integrismo, nacionalismo, racismo...liberalismo, no se pueden deducir en una cadena causal a partir de los principios del sistema*; por el contrario, resulta más bien sorprendente que lleguen a operar funcionalmente en la reproducción de una economía de tipo capitalista. El paso adelante que da Santiago Alba Rico es no limitarse a trazar los espacios funcionales de la barbarie, sino pensar en ella como acontecimiento político. *Las Reglas del Caos* se convierte así en uno de los escasos textos marxistas, o “señeramente marxistas”, como precisa el autor, que se atreve a llevar hasta sus últimas, y más desagradables, consecuencias, el “antihumanismo teórico” de Marx. Merece la pena reflexionar sobre el terror y la sinrazón en cuanto tales, sabiendo que las marcas estructurales sólo proporcionan la posición de lo que ocurre sin generar justificación o esperanza alguna; es preciso --como diría Althusser-- *atreverse a pensar políticamente* la barbarie.

Ciertamente, las conclusiones de todo esto son cualquier cosa menos optimistas, y lo peor no es sólo la consciencia de la derrota; mucho más insoportable resulta la humillación de ser condescendentemente *tolerado*, de no representar ya ni la más insignificante amenaza para un estado de cosas insoportable. Pese a todo, Santiago Alba Rico consigue no recrearse en el patético espectáculo de las *estéticas de la derrota*, en la somnolienta nostalgia de lo que ni siquiera llega a ser. Nos encontramos ante un pensamiento duro, forjado en el odio no sólo hacia lo que hay, sino, sobre todo, hacia uno mismo por no ser ya capaz ni siquiera de molestar. Por eso, *Las Reglas del Caos* resulta una obra extrañamente incómoda, representa el más sonoro y brutal rebencazo a los adalides de la postmodernidad, a todos aquellos que, rebozándose en sus propios discursos, creen estar cambiando algo más que palabras, y especialmente a quienes calman sus conciencias ahogando sus frustraciones en indignación.